

# ARQUITECTURA, SABER Y PODER \*

Entrevista con Michel Foucault

*Tras una serie de reflexiones en torno a las técnicas de producción del espacio que evocan un sentido de poder y de manipulación de la sociedad, el pensador francés reivindica la arquitectura como techne en el sentido griego de racionalidad práctica gobernada por un fin consciente y no en un sentido limitado de tecnología y asociado con el dominio.*

*—En una entrevista concedida por usted a la revista de geografía Herodote <sup>1</sup>, afirmaba que la arquitectura adquirió carácter político a finales del siglo XVIII. Carácter político, sin duda alguna, tenía desde mucho antes, desde el Imperio romano, por lo menos. ¿Qué singularidad presenta el siglo XVIII?*

—Mi afirmación no fue muy afortunada. Nada más lejos de mi intención, por supuesto, que afirmar que la arquitectura no tenía carácter político antes del siglo XVIII y que sólo lo tuvo con posterioridad. Sólo quise expresar que, a lo largo del siglo XVIII, se asiste al desarrollo de una reflexión sobre la arquitectura en tanto que función de los fines y técnicas del gobierno de las sociedades. Nace una forma de literatura política que se pregunta sobre cómo debe ser el orden de la sociedad, sobre qué debe ser una ciudad, habida cuenta la exigencias que plantea el orden público, la necesidad

de evitar las revueltas y estimular una vida familiar según los dictados de la moral y las buenas costumbres. En función de esos objetivos, surge la cuestión de organizar la ciudad y al mismo tiempo la creación de una infraestructura colectiva. También la de cómo construir las viviendas. No es mi propósito decir que esa reflexión no se produjo sino hasta el siglo XVIII, me limito a señalar simplemente que fue en ese siglo cuando aparece una reflexión atenta y generalizada sobre estas cuestiones. Basta consultar los informes de policía de la época —los tratados consagrados a las técnicas de gobierno— para comprobar que la arquitectura y el urbanismo despertaban un gran interés. Eso es lo que deseaba decir.

*—¿Qué diferencias supone respecto de los antiguos, de Roma y Grecia?*

—Respecto de Roma, se aprecia claramente que toda su inquietud gira en torno a Vitru-

83

<sup>1</sup> Traducción del inglés y notas de Luis Cayo Pérez Bueno.

vio<sup>2</sup>. Desde el siglo XVI, Vitruvio fue objeto de una reinterpretación, pero en ese mismo siglo —y sin duda también en la Edad Media— encontramos un buen número de consideraciones que entroncan con las de Vitruvio; o que al menos cabe considerar como reflexiones de ese género. Los tratados consagrados a la política, al arte de gobernar, a definir lo que es un buen gobernante no suelen incluir capítulos o consideraciones relativos a la organización de las ciudades o sobre arquitectura. La *República* de Bodino<sup>3</sup> omite cualquier exposición detallada sobre la función de la arquitectura; por el contrario, las referencias son abundantísimas en los tratados políticos del siglo XVIII.

—*¿Quiere decir que es posible encontrar técnicas y prácticas, pero no discursos?*

84

—No digo que no haya habido discursos sobre arquitectura con anterioridad al siglo XVIII, ni que las discusiones sobre esta materia antes de ese siglo carecieran de alcance o significado político, no, lo que deseo resaltar es que a partir del siglo XVIII cualquier obra que tratara de política entendida como arte de gobernar a los hombres incorporaba indefectiblemente uno o varios capítulos dedicados al urbanismo, a los equipamientos colectivos, a la higiene o a la arquitectura doméstica, apartados que no se encuentran en obras similares del siglo XVI. Este cambio no se produce quizá en las obras de los arquitectos sobre arquitectura, pero resulta evidente en los discursos de los gobernantes.

—*¿Lo cual no obedece necesariamente a un cambio en la propia teoría de la arquitectura?*

—No. No se trata forzosamente de un cambio en las convicciones de los arquitectos o en sus

técnicas —cosa que aún queda por probar—, sino de un cambio en el modo de pensar de los gobernantes, en la elección y en el modo de considerar los elementos que comienzan a interesarles. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, la arquitectura se convierte en uno de esos elementos.

—*¿Le importaría decirnos el motivo?*

—En mi opinión, guarda relación con determinados hechos, como la cuestión de la ciudad y la convicción, meridianamente formulada a principios del siglo XVII, de que el gobierno de un gran Estado, como el caso de Francia, ha de concebir su territorio, en último término, en función del modelo de ciudad. Deja de percibirse la ciudad como un lugar especial, como una excepción dentro de un territorio formado por campos, bosques y caminos. Las ciudades dejan de ser en adelante islas con fuero propio. En lo sucesivo, las ciudades, con los problemas que llevan aparejados y las configuraciones particulares que adoptan, se erigen como modelo de una racionalidad gubernamental que no tardará en aplicarse al conjunto del territorio.

Distintas utopías y proyectos de gobierno del territorio cobran forma una vez arraiga la idea de que el Estado es semejante a una gran ciudad; la capital representaría la plaza mayor, y las calzadas vendrían a ser las calles. El Estado sólo estará bien organizado cuando extienda a todo su territorio el mismo sistema estricto y eficaz de policía que rige en las ciudades. En su origen, el término policía designaba solamente un conjunto de reglamentaciones dirigidas a asegurar la paz ciudadana,

pero, desde ese momento, la policía se torna en el tipo propio de racionalidad de gobierno de todo el territorio. El modelo urbano termina convirtiéndose en la matriz de la que surgen las reglamentaciones que se aplican al Estado en su globalidad.

El término policía, incluso ahora mismo en Francia, se entiende casi siempre equivocadamente. Cuando un francés oye hablar de policía no piensa más que en agentes uniformados o en los servicios secretos. En los siglos XVI y XVII, el término «policía» aludía a un programa de racionalidad gubernamental. Su definición sería la del proyecto de erigir un sistema de reglamentación del comportamiento general de los individuos en el que nada quedaría al azar, hasta el extremo de que todo se mantendría por sí mismo, sin necesidad de intervención exterior. Ése era el modo típicamente francés de entender el ejercicio de la «policía». Los ingleses, por su parte y por una diversidad de motivos, no establecieron ningún sistema comparable. Por un lado, debido a su tradición parlamentaria; por otro, a lo arraijado de su autonomía local, comunal, por no hablar, en fin, de su religión.

Napoleón vendría a situarse casi exactamente en el punto de ruptura entre la caduca organización del Estado de policía propio del siglo XVIII (entendido, por supuesto, en el sentido al que nos hemos referido aquí, y no en el de Estado policial que es común en la actualidad) y la forma del Estado moderno, cuya invención le debemos. Sea como fuere, parece que a lo largo de los siglos XVIII y XIX cuajó la idea —con mayor rapidez en lo tocante al comercio y menor en otros ámbitos— de una poli-

cía que conseguiría penetrar, fomentar, reglamentar y tornar casi automáticos todos los mecanismos de la sociedad.

Se trata de una idea desde entonces abandonada. Se han invertido los términos, dándole la vuelta a la cuestión. Ya no nos interrogamos sobre qué forma de la racionalidad gubernamental será la más apropiada para llegar a los elementos esenciales del cuerpo político, sino más bien: ¿cómo es posible el gobierno? Es decir, ¿qué principios limitativos hay que aplicar a las acciones gubernamentales para que las cosas respondan a nuestros deseos, para que no entren en pugna con la racionalidad gubernamental y no precisen de intervención de ningún tipo?

Aquí nos topamos con la cuestión del liberalismo. En ese momento, fue evidente que gobernar en exceso, significaba no gobernar del todo, resultaba a todas luces contraproducente. Esa época descubrió —y se trata de uno de los descubrimientos capitales del pensamiento político del siglo XVIII— la idea de sociedad, a saber, la idea de que gobernar no consistía sólo en administrar un territorio, un dominio y los individuos que lo pueblan, sino también habérselas con una realidad ardua y distinta, que cuenta con sus propias normas y mecanismos de reacción, sus reglamentaciones y sus posibilidades de desorden. Esa realidad naciente era la sociedad. Desde el momento en que la sociedad debe ser objeto de manipulación, deja de ser considerada como enteramente porosa a los mecanismos políticos. Se hace necesario reflexionar sobre ella, sobre sus singularidades y sus elementos constantes y variables.

*—Se produce un cambio en la consideración del espacio. En el siglo XVIII, existía un territorio y el problema que se planteaba era el de gobernar a los habitantes del mismo; a este propósito, baste citar el ejemplo de La Métropolitaine (1682) de Alexandre Le Maître<sup>4</sup> —tratado en clave de utopía acerca del modo de edificar una capital—, en el que la ciudad puede concebirse como una metáfora, o como un símbolo, del territorio y de la forma de gobernarla. Todo ello constituía el orden del espacio, en tanto que con posterioridad a Napoleón la sociedad no aparece forzosamente tan espacializada...*

86 —Así es. De una parte, no aparece tan espacializada y, de otra, sin embargo, surgen determinados problemas que atañen propiamente al orden del espacio. El espacio urbano entraña sus propios peligros: la enfermedad —por ejemplo, la epidemia de cólera que causó estragos en Europa desde 1830 hasta casi 1880; también la revolución, en forma de las revueltas callejeras que agitan toda Europa por esa misma época. Tales problemas de espacio, no siendo quizá nuevos, cobraron en lo sucesivo una importancia inusitada.

De igual modo, el ferrocarril determina nuevos aspectos de las relaciones entre el espacio y el poder. Trazado como una red de comunicaciones no necesariamente superponible a la red viaria tradicional, no puede desconocer sin embargo la naturaleza de la sociedad y sus aspectos históricos. Y lo que es más, están todos los fenómenos sociales desencadenados por el ferrocarril (resistencias, cambios en la población o en la mentalidad de la gente). Toda Europa acusó, de modo inmediato, los cambios

de mentalidad que comportó el ferrocarril. ¿Qué ocurriría si vecinos de Burdeos y Nantes podían casarse? Cualquier cosa, impensable antes. ¿Qué, si los ciudadanos de Francia y Alemania podían verse cara a cara y aprender a conocerse mutuamente? ¿Una vez aparecido el ferrocarril, sería posible la guerra? En Francia, llegó a formularse la idea de que la guerra resultaría imposible, toda vez que el ferrocarril estimularía el recíproco conocimiento de las naciones y engendraría nuevas formas de universalismo. En lo que nunca cayeron —salvo el alto mando alemán, harto más taimado que el francés, que lo supo desde el principio—, fue en que, muy al contrario, el surgimiento del ferrocarril facilitaría enormemente la guerra. El tercer descubrimiento, que llegó pasado un tiempo, fue el de la electricidad.

Surgieron, pues, conflictos en las relaciones entre el ejercicio del poder político y el espacio territorial, o el espacio urbano —relaciones completamente nuevas.

*—Lo cual era menos que antes un asunto propio de la arquitectura. Lo que describe puede considerarse en todo caso como técnicas sobre el espacio...*

—De hecho, a partir del siglo XVIII, los problemas relevantes que atañen al espacio son de muy diversa índole, lo cual no significa que se relegasen las cuestiones de naturaleza arquitectónica. Respecto de los primeros problemas a los que me he referido —la enfermedad y las agitaciones políticas—, la arquitectura ha desempeñado un papel de gran importancia. La reflexión sobre el urbanismo y sobre la con-

cepción de las viviendas obreras, por citar sólo algunas, entroncan de lleno con el pensamiento arquitectónico.

*–Pero, la arquitectura, incluida su expresión académica, afronta los problemas del espacio de modo muy distinto.*

–Cierto. Con la aparición de estas nuevas técnicas y procesos económicos, asistimos al nacimiento de un concepto de espacio que no procede de la planificación territorial que venía practicando el Estado de «policía», sino que sobrepasa los límites del urbanismo y la arquitectura.

*–¿También la Escuela de Ingenieros de Caminos...?*

–Sí, la Escuela de Ingenieros de Caminos y el papel capital que desempeñó en la racionalidad política francesa pertenecen también a ese proceso. El espacio era concebido no tanto por los arquitectos como por los ingenieros, los constructores de puentes, calzadas, viaductos, ferrocarriles, así como por los ingenieros politécnicos que controlaban en la práctica el trazado de los ferrocarriles franceses.

*–¿Ocurre lo mismo en la actualidad o bien asistimos a un cambio en las relaciones entre los diversos responsables del espacio?*

–Se han producido algunos cambios, claro está, pero me parece que aún hoy los principales responsables del espacio son los titulares de la planificación territorial, los ingenieros de Caminos y demás.

*–¿Los arquitectos han dejado de ser, pues, los dueños y señores del espacio que fueron antaño o que estaban convencidos de ser?*

– No son, desde luego, los responsables ni los rectores de estas tres grandes variables: territorio, comunicaciones y velocidad, elementos que se les han escapado de las manos.

*–¿Le parece que determinados proyectos arquitectónicos, actuales o no, constituyen fuerzas de liberación o resistencia?*

–A mi juicio, no cabe decir que ciertas cosas se inscriben en el ámbito de la «liberación» y que otras pertenecen al de la «resistencia». Podemos afirmar categóricamente que los campos de concentración no son precisamente instrumentos de liberación, pero hay que rendirse a la evidencia –generalmente ignorada– de que, fuera de la tortura y las ejecuciones, que impiden cualquier clase de resistencia, y con independencia de la crueldad que pueda alcanzar el régimen en cuestión, es siempre posible la resistencia, la insumisión y la formación de grupos de oposición.

No creo, en cambio, que exista nada que sea, por su propia naturaleza y desde el punto de vista operativo, absolutamente liberador. La libertad es una práctica. Puede verificarse siempre una serie de iniciativas dirigidas a alterar ciertas obligaciones, hacerlas más llevaderas o incluso abrogarlas, pero ninguna de esas iniciativas puede, simplemente por sí misma, garantizar que la gente será automáticamente libre; la libertad de las personas nunca podrá considerarse asegurada por las instituciones y las leyes que tienen por objeto garantizarla, razón que nos habilita para poner en cuestión esas leyes y esas instituciones. No porque ofrezcan dudas, sino por mor del ejercicio de nuestra «libertad».

—¿Podría encontrar ejemplos de lo que acaba de decir en el ámbito urbano? ¿U otros que manifiesten el éxito de los arquitectos?

—Bien, hasta cierto punto, tenemos a Le Corbusier, al que hoy día se tilda, no sin cierta crueldad, a mi juicio enteramente estéril, de criptoestalinista. Le Corbusier, pondría la mano en el fuego, actuó movido por las mejores intenciones y todo cuanto llevó a cabo estaba en realidad dirigido a surtir efectos liberadores. Cabe que los medios que propuso fueran, a fin de cuentas, de efectos menos liberadores de los deseados, pero, reitero una vez más, que no son apropiados para garantizar el ejercicio de la libertad, porque la garantía de ésta es sólo la libertad.

—Descartado Le Corbusier, del que no obstante considera que tenía intenciones liberadoras, como modelo, ¿puede ofrecernos un caso de triunfo?

—No. No es cuestión de triunfo. Si damos con un lugar —que acaso exista— en el que la libertad se ejerce efectivamente, advertiremos que ello no es consecuencia de las cosas mismas, sino, una vez más, porque se practica la libertad. Lo que no significa que tengamos que dejar a la gente en tugurios, pensando que no tendrán que ejercer sus derechos.

—¿Lo cual equivale a decir que la arquitectura, por sí misma, no está en condiciones de resolver los problemas sociales?

—La arquitectura puede producir, y produce, efectos positivos cuando la finalidad liberadora del arquitecto se acompasa con la práctica efectiva de las personas en el ejercicio de su libertad.

—¿Pero la arquitectura puede servir a fines muy diferentes?

—Sin duda. Permítame citar otro ejemplo: el familisterio de Jean-Baptiste Godin, en Guisa (1859). La arquitectura de Godin tendía explícitamente hacia la libertad. He ahí la expresión de la capacidad de los trabajadores para participar en el ejercicio de su oficio. Suponía a un tiempo un símbolo y un instrumento de autonomía sumamente importantes para unos determinados trabajadores. Y, sin embargo, nadie podía entrar ni salir del familisterio sin ser visto por los demás, aspecto arquitectónico que podía resultar sumamente opresivo. Pero esa opresión dependía de que se utilizara esa posibilidad para la vigilancia. Imaginemos que se organiza una comunidad cuyo objeto sea una ilimitada práctica sexual; resultaría un espacio de libertad. Es una arbitrariedad tratar de separar la práctica efectiva de la libertad, la práctica de las relaciones sociales y las distribuciones espaciales. Basta separarlas, para que resulten incomprensibles. Cada una explica las otras.

—No han faltado, sin embargo, quienes han tratado de concebir proyectos utópicos que tuvieran por objeto bien liberar o bien oprimir al género humano.

—El género humano ha ideado instrumentos liberadores, pero, por definición, no existen instrumentos de libertad, hecho que no significa que el ejercicio de la libertad sea completamente indiferente a la distribución del espacio, pero para que resulte operativo se requiere cierta convergencia; si hay disparidad o distorsión, el efecto resultante es completamente opuesto al

deseado. Con esos elementos panópticos, nada hubiera costado utilizar Guisa como prisión. Nada más sencillo. Salta a la vista que el familiarismo pudo ser muy bien un instrumento de dominio y coacción de todo punto intolerable.

*–Nuevamente, la intención del arquitecto no constituye el factor decisivo.*

–Nada tiene carácter decisivo, hecho que hace digno de interés el examen de la sociedad. Esta convicción mía hace que nada me moleste más que las preguntas –metafísicas, por definición– sobre los fundamentos del poder social o sobre la auto-institucionalización de la sociedad. Fenómenos de esa naturaleza, no existen. No hay más que relaciones recíprocas y sus permanentes desarreglos.

*–¿Usted ha erigido a los médicos, a los funcionarios de prisiones, a los sacerdotes, a los jueces y a los psiquiatras en los actores principales de las configuraciones políticas que presupone la dominación? ¿Incluiría a los arquitectos en esta relación?*

–Sabe, cuando me he referido a los médicos y demás, pretendí menos describir a los actores del poder como a las personas a cuyo través pasa el poder y que tienen un papel relevante en el teatro de las relaciones de poder. El paciente de un hospital psiquiátrico se halla situado en el centro de un campo de relaciones hartamente complejo, excelentemente analizado por Erving Goffman<sup>5</sup>. El sacerdote de una iglesia cristiana o católica (en el mundo protestante las cosas son un tanto distintas) es un elemento relevante dentro de un conjunto de relaciones de poder. No puede decirse que el arquitecto tenga ese rango.

El arquitecto, a fin de cuentas, no tiene poder sobre uno. Que pueda echar abajo o alterar la casa que proyectó para mí, levantar tabiques o añadir una chimenea, prueba la impotencia del arquitecto. El arquitecto pertenece a otra categoría –lo cual no significa que no tenga nada que ver con la organización, con la actuación del poder y con todas las técnicas por medio de las cuales éste se ejerce en la sociedad–. Para entender las técnicas de poder que obra la arquitectura, tenemos que tomar en consideración tanto al arquitecto –mentalidad, actitud– como a sus proyectos, pero no puede ser comparado con el médico, con el sacerdote, con el psiquiatra o con el funcionario de prisiones.

*–De un tiempo a esta parte, lo «posmoderno» ha causado furor en los medios arquitectónicos, al igual que ha sucedido en filosofía –y ahí están los ejemplos de Jean-François Lyotard y Jürgen Habermas–. Resulta también evidente que las referencias históricas y el propio lenguaje desempeñan una función crucial en la episteme moderna. ¿Qué juicio le merece lo posmoderno tanto desde el punto de vista de la arquitectura como de las cuestiones históricas y filosóficas que suscita?*

–Creo que existe una tendencia generalizada y fácil, a la que no deberíamos abandonarnos, de convertir a la actualidad en nuestro enemigo más despiadado, cual si fuera la más severa forma de opresión de la que debemos liberarnos a toda costa. Esta actitud simplista comporta efectos perniciosos: en primer término, un impulso a perseguir la felicidad bajo formas quiméricas, arcaicas y fácilmente asequibles, a cuya merced estaríamos todos. Sin ir más lejos, ciñéndome a mi campo de interés, resulta

muy divertido comprobar cómo la sexualidad contemporánea no se describe más que en términos de horror. ¡Figúrese que hoy las parejas sólo se acuestan una vez que se apaga el televisor y en camas producidas en serie! «No se puede comparar con los buenos tiempos en que...» ¡Qué no podríamos decir, entonces, de los tiempos dorados en los que la gente trabajaba dieciocho horas seguidas y se veía obligada a compartir cama, siempre, claro está, que tuviera una! Hay en esta condena del presente o del ayer inmediato una inclinación peligrosa a añorar un pasado completamente mítico. Después, está el problema suscitado por Habermas, a saber: si nos apartamos de Kant y Weber caeremos de bruces en la irracionalidad.

90

Secundo esa opinión, pero la cuestión con la que hemos de enfrentarnos es otra muy distinta. Desde el siglo XVIII, el problema capital de la filosofía y del pensamiento crítico ha sido, sigue siendo aún y espero que lo sea en el futuro, el de determinar el contenido y alcance de la razón, de sus efectos históricos, de sus limitaciones y peligros. ¿Cómo podemos existir en tanto que seres racionales, felizmente consagrados a practicar una racionalidad que incumba peligros propios? Esta pregunta ha de servirnos de norte, aunque sin dejar de advertir que se trata de una cuestión tan decisiva como al tiempo de tan difícil respuesta. Por otra parte, tan extremadamente peligroso es afirmar la inoperancia de la razón, como que cualquier intento crítico de impugnación de la razón nos abocará a la irracionalidad. No olvidemos —y no digo esto como censura de la razón, sino para hacer ver hasta qué extremo llega la ambigüedad de las cosas— que

la formulación del racismo arranca de la resplandeciente racionalidad del darwinismo social, que se tornó así en uno de los elementos más duraderos y persistentes del nazismo. Era una irracionalidad, claro está, pero una irracionalidad que, simultáneamente, constituía en alguna forma una suerte de racionalidad...

Tal es la situación en la que nos encontramos y contra la que estamos llamados a luchar. Si los intelectuales en general tienen asignada una función, si el mismo pensamiento crítico tiene una tarea y, con mayor precisión, si la filosofía tiene un función dentro del pensamiento crítico, es la de pechar con esta suerte de espiral, de puerta giratoria de la racionalidad que nos da paso a su necesidad, a lo que tiene de irrenunciable, y, al mismo tiempo, a los peligros que en ella anidan.

*— Dicho lo cual, no parece descabellado afirmar que a usted el historicismo y el juego de referencias históricas le causan menos temor que a personas como Habermas; así como que, en el terreno de la arquitectura, los defensores de la modernidad han planteado esta cuestión cuasi en términos de crisis de civilización, llegando a asegurar que apartarnos de la arquitectura moderna para volver a la mera decoración significaría en cierta medida apartarnos de la civilización. Algunos defensores de la posmodernidad han pretendido que las referencias históricas estaban, en sí mismas, dotadas de significación y nos resguardarían de los peligros de un mundo superracionalizado.*

—Esto no responderá a su pregunta, pero le diría que hay que mostrar una desconfianza ab-



solita y completa respecto de todo lo que se presente como retorno. El primero de los motivos de esta desconfianza es de una lógica aplastante: el retorno, de hecho, no existe. La historia y el interés meticuloso que se consagra a la historia son sin duda las mejores defensas contra el retorno. En mi caso, si profundicé en la historia de la locura o en la investigación de la prisión fue porque sabía sobradamente —y eso justamente fue lo que sacó de quicio a bastantes personas— que realizaba un análisis histórico que permitía una crítica del presente, pero nunca en el sentido de decir: «Regresemos a esa magnífica época, el siglo XVIII, en la que los locos...», o «Volvamos al tiempo en que la prisión no era el instrumento principal...». No. La historia es el mejor antídoto contra esta suerte de ideología del retorno.

*—Entonces, pues, la simple oposición entre razón e historia es una mera ridiculez... Tomar partido por una o por otra...*

—En efecto. De hecho, el problema de Habermas no es sino el de dar con un modo transcendental de pensamiento que se oponga a cualquier tipo de historicismo. Yo soy, en realidad, mucho más nitzscheano e historicista. No creo que una utilización apropiada de la historia o del análisis intrahistórico —por lo demás, hartamente penetrante—, pueda operar contra esta ideología del retorno. Por ejemplo, un aquilatado estudio de la arquitectura rural demostraría cuán desatinado es pretender que vuelvan los chamizos. La historia nos preserva del historicismo —de un historicismo que invoca el pasado para resolver los problemas del presente.

*—Nos confirma también que todo es histórico y que los que quieren borrar de un plumazo toda referencia histórica incurren en un error.*

—Por supuesto.

*—Sus dos próximos libros tratan sobre la sexualidad en los griegos y en los primitivos cristianos. ¿Las cuestiones que aborda guardan alguna relación con la arquitectura?*

—Absolutamente ninguna. Pero resulta interesante comprobar que en la Roma imperial, había lupanares, barrios de prostíbulos, zonas de delincuencia, etc., así como una especie de espacios de placer cuasi públicos, a saber: los baños, las termas. Las termas constituían ámbitos de placer y reunión de gran importancia, que, progresivamente, han ido desapareciendo de la faz de Europa. Todavía en la Edad Media las termas eran un lugar de reunión entre varones y mujeres, así como de cada uno de estos entre sí, no obstante lo poco que se habla de esto último. De lo que sí se ha hablado y condenado, y también experimentado, ha sido de los encuentros entre varones y mujeres, desaparecidos a lo largo de los siglos XVI y XVII.

*—Pero en el mundo árabe aún perduran.*

—Sí, pero en Francia, todo eso acabó. Podían encontrarse casos en el siglo XIX, como testimonio *Les Enfants du paradis*<sup>6</sup>, cuyas referencias históricas son precisas. Uno de los personajes, Lacenaire, es —aunque nadie lo haya señalado hasta ahora— un libertino y un proxeneta que se servía de muchachos para atraer a hombres maduros, para luego extorsionarlos; hay una escena en la que se hace referencia a eso. Ha sido precisa toda la ingenuidad y la

antihomosexualidad de los surrealistas para que sobre ese aspecto cayera un manto de silencio. Los baños han continuado, por tanto, existiendo como lugar de encuentro sexual. Representaban una especie de catedral del placer en el corazón mismo de la ciudad, donde uno podía acudir cuantas veces quisiera, matar el tiempo, elegir pareja, darse cita, aliviar sus ansias, o simplemente comer, beber o tertuliar...

*–No se separaba al sexo de los demás placeres. Se residenciaba en el corazón mismo de la ciudad. Era público, servía a un fin...*

–Justamente. Para los griegos y los romanos, el sexo era, sin lugar a dudas, un placer social. Lo que resulta interesante respecto de la homosexualidad masculina actual –y parece que se podría decir lo mismo de la homosexualidad femenina, andando el tiempo– es que las relaciones sexuales se traducen inmediatamente en relaciones sociales, y que las relaciones sociales son entendidas como relaciones sexuales. A diferencia de nosotros, para los griegos y romanos las relaciones sexuales se inscribían en las relaciones sociales, en un sentido más amplio. Las termas eran un espacio de relación social que incluía trato sexual.

Compárense las termas y los prostíbulos. El prostíbulo es en realidad un lugar, y una arquitectura, del placer. Allí se desarrolla una forma harto interesante de relación social, que Alain Corbin ha estudiado en *Les Filles de nocte*<sup>7</sup>. *Los varones de la ciudad se dan cita en el prostíbulo; los vincula el hecho de haber compartido a las mismas mujeres y de haberse contagiado por las mismas enfermedades y*

*contraído las mismas infecciones. El prostíbulo tenía un carácter social, pero ese carácter social, tal como se daba entre los antiguos –una nueva versión del cual podría acaso darse hoy–, difería completamente del representado por los prostíbulos.*

*–Nuestros conocimientos actuales sobre la arquitectura disciplinaria son considerables. ¿Qué puede decirnos de la arquitectura nacida de la confesión –una arquitectura propia de una tecnología determinada de la confesión?*

–¿Se refiere a la arquitectura religiosa? Me parece que ha sido suficientemente examinada. Por de pronto, está la cuestión del carácter xenóforo del monasterio. Se trata de un lugar en el que la vida en común estaba regida por normas de una precisión suma. Normas sobre el descanso, la alimentación, la oración, el lugar de cada individuo en la institución, las celdas. Todo eso fue objeto de regulación muy tempranamente.

*–En una tecnología de poder, de confesión, por oposición a una tecnología disciplinaria, se diría que el espacio desempeña también una función capital.*

–Sí. El espacio es un factor esencial en cualquier forma de vida comunitaria; el espacio resulta esencial en cualquier ejercicio del poder. Recuerdo que una vez, disculpe el paréntesis, fui invitado por un grupo de arquitectos, en 1966, a realizar un estudio del espacio<sup>8</sup>. Examinaba lo que en ese momento denominaba las «heterotopías», lugares singulares que encontramos en determinados espacios sociales que tienen asignadas distintas funcio-

nes, incluso decididamente opuestas. Los arquitectos abordaban ese proyecto y, al final del estudio, alguien –un psicólogo sartreano, me parece– tomó la palabra para espetarme que el espacio era reaccionario y capitalista, pero que la historia y el porvenir eran revolucionarios. En esos días, discursos tales no eran del todo infrecuentes. Hoy, cualquiera se partiría de risa al oír eso, pero entonces no.

*–Los arquitectos, especialmente, cuando se deciden a examinar un edificio institucional –un hospital o una escuela– desde el punto de vista de su función disciplinaria, tienden a detenerse en los muros. No tienen ojos sino para los muros. En cuanto a usted, es el espacio, más bien que la arquitectura, lo que suscita su interés, habida cuenta de que los muros por sí mismos no son más que un elemento de la institución. ¿Qué diferencia hay entre esos dos enfoques, el del edificio en sí mismo y el del espacio?*

–Existen diferencias de método y enfoque. No niego que para mí la arquitectura, en los vagos estudios que he llegado a hacer, representa únicamente un elemento de apoyo, que asegura una determinada distribución de las personas en el espacio, una canalización de sus desplazamientos, así como la codificación de las relaciones anudadas por ellos. La arquitectura no es un mero elemento espacial; está concebida como parte integrante de un campo de relaciones sociales, en cuyo seno opera determinados efectos particulares.

Hay un historiador que ha realizado un sugestivo estudio de arqueología medieval, que aborda la cuestión de la arquitectura, la cons-

trucción de viviendas en la Edad Media partiendo de la chimenea. Pone todo su celo en demostrar que a partir de un determinado momento resultó posible construir una chimenea en el interior de la casa –una chimenea con hogar, y no una mera construcción a cielo abierto o una chimenea exterior–; y que, desde ese instante, un considerable número de cosas cambiaron y surgieron determinadas relaciones interpersonales. Todo eso es sumamente interesante, pero le lleva a concluir, y así lo manifiesta en su artículo, que la historia de las ideas y del pensamiento es punto menos que inútil.

Lo verdaderamente interesante es que ambas cosas son rigurosamente inseparables. ¿Por qué hubieron de ingeniárselas para hallar el medio de construir una chimenea interior? ¿Por qué pusieron sus habilidades técnicas al servicio de esa finalidad? La historia de las habilidades técnicas demuestra que son necesarios años y hasta siglos para que resulten efectivas. Es innegable y de una importancia capital que esta técnica repercutió en la delineación de nuevas relaciones personales, pero no cabe pensar que se desarrollara y delineara con esta mira si no hubiera habido, en la maraña y en la estrategia de las relaciones humanas, algo que iba en esa misma dirección. Esto es lo relevante, y no la primacía de una cosa sobre la otra, que no significa nada.

*–En Las Palabras y las Cosas, en su descripción de las estructuras del pensamiento, empleó unas metáforas espaciales bastante sorprendentes. ¿Qué le hace pensar que las imágenes espaciales son las más idóneas para evocar esas referencias? ¿Qué relación existe*

*entre esas metáforas espaciales que describen las distintas disciplinas y determinadas descripciones de mayor concreción de espacios institucionales?*

94

—Es más que posible que, habida cuenta de mi interés por el problema del espacio, haya empleado alguna que otra metáfora espacial en *Las Palabras y las Cosas*, pero, en general, mi intención no era tanto mantenerlas, como examinarlas en su calidad de objeto. Los cambios y alteraciones epistemológicas ocurridas a lo largo del siglo XVIII tienen una cosa sorprendente y es comprobar cómo la especialización del conocimiento constituyó uno de los factores de la conversión de ese conocimiento en ciencia. La historia natural y las clasificaciones de Linneo fueron posibles por un determinado número de razones, a saber: por una parte, porque se produjo una especialización tanto del objeto como de los análisis, cuya norma consistía en examinar y clasificar las plantas únicamente en función de sus aspectos visibles. No se disponía de microscopio. Todos los demás elementos tradicionales de conocimiento, como, por ejemplo, las propiedades médicas de las plantas, fueron dejados de lado. Se especializó el objeto. Más tarde, esta especialización del objeto fue produciéndose en la misma medida en que los criterios de clasificación hubieron de encontrarse en la propia estructura de las plantas: número de elementos, disposición de los mismos, tamaño, y algunos otros como su altura. Posteriormente, vino la especialización debida a la mejora de las posibilidades de ilustración, posible merced a determinadas técnicas de impresión. Más tarde aún, la especialización de

la reproducción de las mismas plantas, con su oportuno reflejo en los libros. Todas ellas son técnicas espaciales, y no metáforas.

—*¿El proyecto de un edificio —los planos concretos con arreglo a los que se levantarán muros y se abrirán ventanas— es un discurso equiparable, por ejemplo, a una pirámide jerarquizada que describe, con suma precisión, las relaciones interindividuales, no sólo desde el punto de vista del espacio, sino también del de la vida social?*

—Hay algunos ejemplos tan sencillos como excepcionales en los que las técnicas arquitectónicas reproducen, con mayor o menor fidelidad, las jerarquías sociales. Baste citar el ejemplo del campamento, en el que la jerarquía militar puede apreciarse sobre el terreno por el lugar que ocupan las tiendas y los pabellones reservados a cada rango. El campamento reproduce con toda precisión y sirviéndose de la arquitectura una pirámide de poder; pero se trata de un ejemplo excepcional, como todo lo militar, que socialmente goza de un estatuto especial y de una simplicidad suma.

—*¿Y el proyecto mismo no contiene siempre relaciones de poder?*

—No. Afortunadamente para la imaginación humana, las cosas son un poco más complicadas.

—*¿La arquitectura, rectamente entendida, no es una constante: cuenta con una extensa tradición en la que podemos advertir la diversidad de sus inquietudes, la transformación de sus sistemas y de sus normas. La ciencia de la arquitectura se compone en parte de la historia de la profesión, de la evolución de las técnicas*

de construcción y de una reelaboración de teorías estéticas. ¿A su juicio, qué elemento es propio de esta forma de conocimiento? ¿Se asemeja más a una ciencia natural o a lo que usted ha llamado «ciencia dudosa»?

—No me atrevería a afirmar que esa distinción entre ciencia rigurosa y ciencia menos rigurosa carezca de interés —sería eludir la cuestión—, pero he de reconocer que me interesa mucho más el estudio de lo que los Griegos denominaban la *technê* o, lo que es lo mismo, una racionalidad práctica gobernada por un fin consciente. Dudo de que merezca la pena preguntarse sin desmayo para determinar si el gobierno puede ser objeto de una ciencia exacta. Por el contrario, si consideramos que la arquitectura, al igual que la práctica del gobierno y que otras formas de organización social, es una *technê*, capaz de emplear algunos elementos procedentes de ciencias como la física o como la estadística, por poner sólo unos ejemplos,

entonces sí resulta interesante. Si de verdad quiere trazarse una historia de la arquitectura, me parece que hay que optar por abordarla en el contexto de la historia general de la *technê*, y no tanto si se trata de una ciencia exacta o menos exacta. El inconveniente de la palabra *technê*, no se me oculta, es su estrecha conexión con la palabra «tecnología», que tiene un sentido hartamente específico. Suele asignarse un sentido muy limitado a la palabra «tecnología», evoca tecnologías estrictas, tecnologías de la madera, del fuego, de la electricidad. Pero el gobierno es también una función tecnológica. El gobierno de los individuos, el gobierno de las almas, el gobierno de sí propio, el gobierno familiar, el gobierno de la infancia. Me parece que si inscribimos la historia de la arquitectura en el contexto de la historia general de la *technê*, en su sentido amplio, dispondríamos de un concepto director más interesante que el de la oposición entre ciencias exactas y del espíritu.

95

---

## NOTAS

<sup>1</sup> «Questions à Michel Foucault sur la géographie». *Herodote*, núm. 1, enero-marzo 1976, págs. 71-85. Hay traducción española de esta entrevista en: Michel Foucault, *Microfísica del Poder*, edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1979, págs. 111-124.

<sup>2</sup> Vitruvio, *De Architectura libri decem*, Florencia, 1522. Hay edición española de esta obra: *Los Diez Libros de Arquitectura*, versión de José Luis Oliver Domingo, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

<sup>3</sup> Bodin, Jean, *Les Six Livres de la République*, París, J. Du Puys, 1576. Existe edición española abreviada de esta obra: *Los Seis Libros de la República*, selección y traducción de Pedro Bravo Gala, Tecnos, Madrid, 1995.

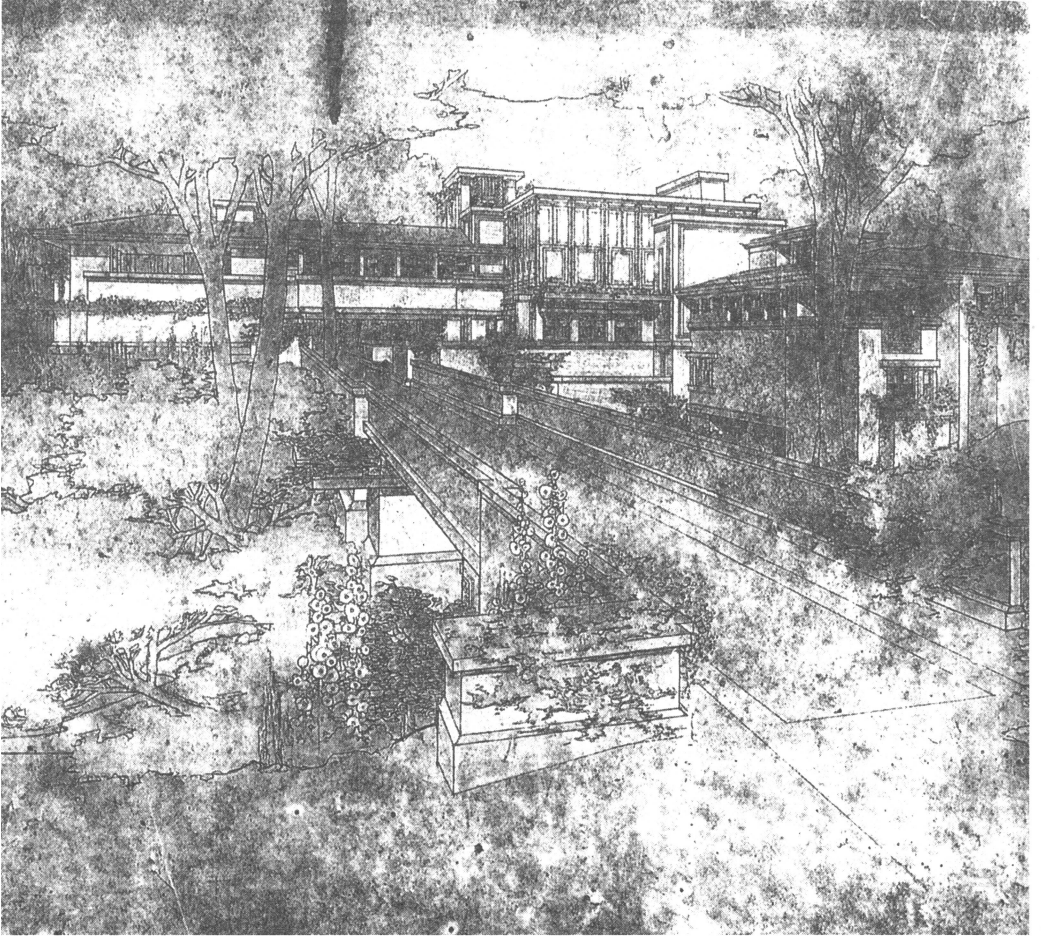
<sup>4</sup> *Le Maître, Alexandre, La Métropolitaine, ou De l'établissement des villes capitales*, Amsterdam, 1682.

<sup>5</sup> Goffman, Erving, *Asylums*, Nueva York, Doubleday, 1961.

<sup>6</sup> Película de Marcel Carné de 1945.

<sup>7</sup> Corbin, Alain, *Les Filles de noce*, París, Aubier, 1978.

<sup>8</sup> Michel Foucault se refiere a la conferencia *Des espaces autres* pronunciada en el Centre d'Études architecturales el 14 de marzo de 1967 y publicada originalmente en la revista *Architecture, Mouvement, Continuité* en 1984. La traducción española de esta conferencia, con el título *Los espacios otros*, a cargo de Luis Cayo Pérez Bueno, apareció en el número 7, correspondiente a septiembre de 1997, de la revista *Astrágalo*.



Frank Lloyd Wright, casa para Sherman Booth, Glencoe, Illinois, 1911.